

Me asfixia este ambiente enrarecido. Desde que he vuelto no puedo respirar bien y me pesa el cuerpo. La oscilación brutal de las temperaturas durante estas noches tan cortas me entumece a pesar de las mantas con las que me cubro siempre a destiempo y luego amanece y hay aros de sudor que impregnan las sábanas. La casa me ignora, cree que está deshabitada y no hace ningún esfuerzo para ahorrarme sufrimientos por el calor de los días eternos del sur, ni evita amortiguar el sonido continuo del viento seco al enfilarse las esquinas.

Tenía que volver en algún momento. Esto tenía que suceder. Siempre he estado lejos. Lo más alejado posible de todo. Incluso cuando era adolescente y vivía aquí, entre estas paredes. No hay nada que hacer en esta casa. Ella no piensa darme tregua. Tengo que salir. Me asfixio.

En la escalera faltan varios tramos del tubo extintor, pero queda la sombra impresa en el lugar que ocuparon del techo. Dos intervalos, veinticuatro escalones, el portal y la calle. Ahora todo es asfalto. Cuando era niño, antes del alquitrán y el cemento, las pocas veces que llovía se formaba un inmenso barrizal que los niños del barrio conquistábamos palmo a palmo, charco a charco; sin piedad. Durante la gran guerra se asfaltó todo y quemaba como heridas sobre cicatrices, pero los cascotes de cemento se desprendían con mucha facilidad si lo golpeabas en el lugar adecuado; y así conseguíamos nuestras armas los niños, esas piedras lanzadas con tanta precisión que los soldados europeos nos temían más que a las propias minas o a las granadas.

Y después nada más.

La espiral centrípeta de los días que me situó justo al otro lado de la frontera, tan lejos de este rincón del mundo al que ahora he vuelto cabizbajo, sin querer reconocer la verdad que tanto duele. Ya hace casi un mes que ambos han muerto. No volveré a verles nunca.

Algunos niños siguen reventando hoy los restos de aquella carretera que vi asfaltar hace tanto. Hay uno muy moreno, alto, con una camiseta añil roída, que me observa de reajo todo el tiempo. Parece el mayor de los tres. Los otros dos casi puedo asegurar que son hermanos. Juegan con un balde metálico que van ensuciando con algo parecido al barro producido por un pozo ciego, nacimiento y muerte de unas gotas de humedad condensada que succiona brevemente la tierra como sucia argamasa para evaporarse después en este mes de julio, tan caluroso como no se recordaba en mucho tiempo. Llevan faldones sucios de cintura para abajo y andan descalzos. Ríen un tanto nerviosos.

Algo llama la atención de los críos que salen disparados. Es como un sexto sentido el que les alerta. Corren rápido y giran una esquina, contra la cual golpea uno de ellos el balde con cierta violencia y excitación. Yo echo a andar despacio en dirección contraria y nada más han pasado unos segundos cuando la estrepitosa sirena del destartado camión de los bomberos rompe el silencio que impone el viento.

Casi son las once y el sol pega duro. Los pocos que andan por las calles apuran sus quehaceres. *La hora acordada por las autoridades como crítica es la una. Cese de actividades hasta las seis.* Frases que todos tenemos grabadas en la mente a fuerza de ser repetidas en comunicados constantes por parte del gobierno nacional. *Toda la federación está en alerta. Ciudadano, la hora acordada por las autoridades...*

Me miro los pies mientras camino como si algo me llamara la atención en la punta de las botas gastadas. Perteneían a mi padre. Desde luego, mucho mejor calzado para estas calles polvorientas que los zapatos de gamuza con los que llegué. Me viene al recuerdo cuando hacíamos aquellas largas caminatas por el desierto y yo no paraba de quejarme. Mi padre llevaba un zurrón que le permitía tener las manos libres y poder así rebuscar en las raíces de los rastrojos o escarbar un poco la tierra y posar su mano sobre ella. Recorríamos largas distancias en las primeras horas de la madrugada para luego buscar sitios propicios donde pasar las horas centrales del día en silencio, observando el desierto y el fabuloso movimiento que existe donde uno piensa que no se mueve nada. Comíamos lo que él conseguía y buscábamos la humedad de las plantas a los pies de las grandes formaciones de piedra. Había que intuir de las más diversas formas el sitio adecuado para hundir las manos, arañar las capas superficiales, localizar la dirección de la humedad y sorber pacientemente con ramas huecas. Si alguien tenía sed, mi padre siempre decía que en un desierto podía haber tanta agua como en el mar. Cuando yo me quejaba de cansancio por la dureza del camino él, pacientemente, me repetía: *hijo, nada más tienes que pensar en dar un paso y después el siguiente*. Uno y después el siguiente.

Tengo la boca seca.

Me duele la tristeza.

Como a dos kilómetros de la casa se encuentra el barrio de los callejones. Hacia allí voy. Es fácil reconocer desde la distancia en qué lugar comienza porque accedes a él desde una zona alta y desde lejos el barrio se distingue como un lienzo multicolor. En los callejones se ha reutilizado hasta la saciedad y el límite del ingenio cualquier material disponible para techar con toldos toda la zona. Esto convierte el pequeño barrio en un laberinto de callejas blindadas contra el sol. También hay mantas que visten algunas paredes. Nunca sabes si puede ser una puerta o una ventana. O simplemente un muro. Es muy difícil moverse por esta zona. En los callejones la oscuridad es perpetua y las telas también funcionan como carteles indicativos, unas veces advertencias y otras trampas. Fue una forma bastante inteligente de defensa durante la gran guerra. Aquí se ganó en el cuerpo a cuerpo. Sólo alguien de los callejones puede andar con seguridad por sus infinitas calles sin sentirse desorientado.

Yo no soy de los callejones, ni siquiera ya de este país. En mi pasaporte europeo está falsificado el lugar de nacimiento. Cosas de la guerra. Pero yo me dirijo a un callejón concreto a una manta que conozco. Esta cerca de la entrada del barrio, sé el camino. Es un tapiz que representa a un gran ciervo herido, una escena de caza con escopeta como se hacía doscientos años antes, entre verdes colinas y un arroyo pedregoso. Es necesario saludar siempre si te cruzas con alguien porque da igual, porque dicen que todo se sabe en los callejones, porque las mantas a veces te hablan o te escuchan. Pliego el ciervo y cruzo hacia una oscuridad inquietante. Me deshago del sombrero. Pasan unos segundos hasta que mis pupilas se acostumbran a la escasa luz. Hay un zaguán únicamente adornado por una virgen con un niño en brazos bajo la que arde muy débilmente una vela eléctrica de un rojo parpadeante, difuminado, ausente. Cruzo los cuatro metros cuadrados hacia la robusta puerta. Siempre me llamó la atención que los patios aquí mantengan la costumbre de conservar un falso desagüe justo en el centro. Me permito el

lujo de empujar la puerta sin llamar. Es muy temprano aún y aparentemente no hay nadie en la casa. Pero yo sé que aunque no los veas están ahí, observando quien llega. Las mesas se reparten discretas por las distintas estancias, todas comunicadas entre ellas. Prefiero sentarme en la sala grande, en una mesa a la vista de todos. Así aprendí las reglas de los callejones, acompañando a mi padre hasta el ciervo que tanto me impresionaba de pequeño. Manuel aparece y viene directo hacia mí, sin mostrar sorpresa. Camina muy rápido y cuando llega a mi lado espera a que termine de levantarme y me abraza con fuerza. Es increíble la vitalidad de este anciano. No dice nada, ni pregunta, ni me da la bienvenida. Si Manuel te abraza eres de la familia. Yo sé qué quiere decir y él, bueno, él lo sabe todo. Él sabe que hace casi un mes que estoy en el país, sabe. Sabe que no tengo forma de salir. Al incumplir la ley de fronteras y cruzar sin permiso oficial los límites de la franja habían desaparecido mis derechos como ciudadano. No tenía ningún sitio al que volver.

Desaparece tras una tela estrecha y vuelve al instante con media botella de destilación de dátil bien frío. Me pregunto cómo lo hace, cómo consigue tanta electricidad. Pero eso son cosas que a Manuel no hay que plantearle. Se sienta conmigo y llena un pequeño vaso ofreciéndomelo. Hay que beber todo el contenido de una vez y devolver el vaso. Él lo llena de nuevo y lo levanta despacio hasta sus labios, bebiendo también. Me sonrío y se va dejándome con la botella, el vaso y mis propios pensamientos.

A partir del mediodía, las horas se eternizan en el desierto andaluz. Sigo bebiendo solo, en medio de este silencio, metiéndome la destilación casi pura por el cuerpo, notando los efectos en mis reflejos, en el hilo de este pensar, en el alma. Es imposible encontrar alcohol de contrabando en los ambientes administrativos de la capital federal. Antes de la prohibición todo el mundo lo tomaba para evitar beber de la poca agua infecta que

llegaba en los bidones. Ayuda también con el hambre, decían. Pero la realidad era preocupante. Las calles estaban llenas de famélicos borrachos, lisiados de la guerra que mendigaban a las puertas de las tabernas, los únicos negocios que crecieron después de la contienda. Yo estaba presente el día que se dictó esta ley, estaba de guardia en el ministerio. Se ha acabado la botella. Ironías de la vida.

Manuel se acerca con otra media de dátil fermentado. No se destila en la zona, seguro. Este viene del sur del país, quizás de Fez o más al sur. Mi padre escondía una botella igual en casa. Durante tres días, después de haberla descubierto, estuvo encima de la mesa, intacta. Yo me sentaba frente a la botella, la casa en penumbras, sin nada que hacer, todo exactamente como ellos la habían dejado, observándola en silencio, como si esperara una absolución y la botella nada más que hiciera inculparme. Después me quedé sin agua y me la bebí. Y hoy estoy en los callejones borracho, con un velo un poco borroso que filtra las imágenes y las convierte en pensamientos o viceversa.

Una mano me agarra del brazo, con firmeza pero sin violencia. No reconozco los ojos que me observan desde un resquicio del pañuelo. Con cierta turbación me levanto y le sigo, llevándome mi vaso y la botella casi vacía. Aparta una tela delgada de una de las paredes y recorremos un pasillo que dura tres pasos y luego una manta y una estancia en la que dos personas nos miran desde sus cojines arrinconados. Parecen apacibles y mi presencia más que incomodarles les produce cierta curiosidad. Yo sigo en pie, escudriñando sus rostros desprovistos de pañuelos. A uno lo he reconocido inmediatamente. Es Almanzor. Al otro no recuerdo haberlo visto nunca. Almanzor se levanta y nos abrazamos largamente. Nunca pude imaginar que se acordaría de mí. Repite la palabra amigo una y otra vez, así como se dice en el dialecto andaluz, amigo, tan diferente de la palabra arcaica compañero o de la ultramoderna conúmero, como

diría en europeo alguien de la ciudad. Toma mi cara entre sus manos y me mira con los ojos llenos de lágrimas. Dice entre sollozos que siente el fallecimiento de mis padres. Entonces me invita a tomar asiento y permanecemos unos segundos en silencio.

*- Espero que no hayas olvidado el dialecto de tus padres.*

*- El andaluz fluye por mi lengua como si no lo hubiera dejado de hablar nunca.*

*- El hijo del buscador de aguas ha regresado. Eso merece un buen trago.*

*Nota del autor:*

*Para todos aquellos lectores que nada más hayan recibido la versión oficial que se suele dar en las escuelas de la confederación nortea, me veo en la obligación de apuntar ciertos datos que tan injustamente se han omitido en los libros de texto. Tras las oleadas de migraciones masivas que marcaron el siglo XXI, el principio del siglo XXII comenzó con decenas de guerras de carácter localista en una lucha encarnizada por el control del bien más preciado que tenemos: el agua. La confederación de estados del norte se creó en 2110 como una supuesta alianza de civilizaciones en un intento de solucionar los gravísimos problemas a los que se enfrentaba la población mundial. La realidad fue una concentración de fuerzas militares que dividieron el mundo en dos bloques como defensa ante el empuje de millones de personas que buscaban la oportunidad de sobrevivir.*

*Por ejemplo, la brutal desertización que sufrió el sur de Europa y el norte de África se debió, en parte, a intereses políticos. La intención desde el principio fue crear una franja de seguridad que sirviera de frontera natural. Se crearon políticas de habitabilidad que obligaban a abandonar dicho espacio bajo pena de cárcel; se hicieron batidas militares en las poblaciones con el pretexto de la captura de terroristas sureños. Se desviaron ríos y secaron pantanos. Fue una guerra interminable que duró casi veinte años. El resultado es la actual Nueva Alandalus. Casi cinco mil kilómetros de desierto que devora la mitad de la antigua península Ibérica y una gran parte del norte del continente africano.*

*Hoy en día creemos con la idea que tras el desierto no existe nada ni vive nadie. Es totalmente falso. La inmensa mayoría de la población sobrevive en condiciones imposibles, aglutinados entre la miseria de los campos de refugiados o en pequeñas poblaciones dispersas en infinitos desiertos secos por el grifo que mantenemos cerrado desde la confederación nortea.*

*Sé que parezco redundar en el tema de la teoría conspirativa, tan desfasado a punto de comenzar el siglo XXIII, pero recuerde que mientras un diez por ciento de la población puede permitirse el lujo de comprar este folletín, un noventa por ciento (prácticamente el total del hemisferio sur) se muere de sed y de hambre. Yo lo he visto.*